engendra, y habrá cumplido su misión. Si á ésto agrega un pensamiento trascendental ó un interés del momento, poseerá, sin duda, una perfección más su obra; pero si de ella carece, nada habrá perdido como obra de arte. La belleza, por otra parte, tiene muchas formas, todas igualmente legítimas y que no se excluyen. Que la tempestad sea bella, no obsta para que lo sea el arroyuelo; que lo sea el canto del guerrero, no impide que haya belleza en la endecha de la doncella enamorada. Poetas habrá de enérgicos alientos y ánimo gigante que sólo se complacerán en cantar lo grandioso, lo terrible y lo trágico; otros, por el contrario, preferirán inspirarse en la belleza de lo sencillo y de lo tierno. Injusto fuera establecer diferencias entre unos y otros, y negar á los segundos el lauro que se otorga á los primeros."

México, Junio 30 de 1885.

FRANCISCO SOSA.

La luz y las flores.

Tras una noche templada De la dulce primavera, Grata, apacible, dorada, Salió al fin con la alborada Del sol la luz hechicera.

Trinaron los ruiseñores Y las fuentes murmuraron, Y los vientos bullidores, Entre las pintadas flores, Mansos y alegres pasaron.

Y se escuchó en la pradera, Entre perfumes suaves, Cántiga alegre y parlera Que alzaban á su manera Flores, aguas, vientos y aves. Unos con dulce concierto Hablaban de sus amores, Otros con acento incierto, Mirando el follage muerto, Suspiraban sus dolores;

Mientras, rosas y violetas, Y jazmines, y amapolas, Hablaban de los poetas Que cantan dulces cuartetas En honor de sus corolas.

Y d'ello (cuenta la historia) Que sentían tanto orgullo, Que de sus triunfos y gloria Conservaba la memoria Hasta el más tierno capullo.

Iba la luz resbalando Entre el mirto y la azucena, Y aquella charla escuchando La luz, seguia jugando Sobre la pradera amena.

Y es el caso que por fin De tanto orgullo cansada, Se detuvo en un jazmin, Y contemplando el jardin Dijo con voz reposada: —«Mal vuestro orgullo pregona Vuestros pintados colores; Que es lucir una corona, Que mi bondad os endona Por colmo de mis favores.

En la densa oscuridad, De la noche bajo el manto, ¿Qué fuera vuestra beldad Si mi dulce claridad No os revistiera de encanto?

¿No veis, pobres orgullosas, Que son mios los colores, Y que yo tiño las rosas Y con tintas extremosas Matizo todas las flores?

¿Que yo traigo entre mi manto Y en mi cauda seductora, Aquel pintoresco encanto Con que lucis ese llanto Que tierna os brinda la aurora?

Cese la jactancia vana, Dejad pues de hacer alarde De ese color que os ufana, Porque nace en la mañana Y muere al morir la tarde. En la tierra prisioneras Cerrais el marchito broche; Mientras con alas ligeras Cruzo lejanas esferas, Pobres moris en la noche.»

Callóse la luz, y es fama Que aquellas flores gimieron Mirando del sol la llama, Y entre el bejuco y la rama Brisas y vientos rieron.

Porque el que sueña victoria Subiendo en extrañas alas, Suele dejar en la Historia La tristísima memoria De lucir agenas galas.

EL ESCORIAL.

Resuena en el marmóreo pavimento Del medroso viajero la pisada, Y repite la bóveda elevada El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento, Vive la vida de la edad pasada, Y se agita en el alma conturbada Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano, Contra su propia hiel, buscó un abrigo, Esclavo de sí mismo, un soberano,

Que la vida cruzó sin un amigo, Aguila que vivió como un gusano, Monarca que murió como un mendigo.

UN RECUERDO.

Es un recuerdo dulce, pero triste, De mi temprana edad: Mi madre me llevaba de la mano Por la orilla del mar.

Álzábanse las sombras de la tarde Como pardo cendal, Y á gritar comenzaba en la cañada El huaco pertinaz.

Cantaban los tropiales en el bosque Con dulce suavidad, Los peñachos del mangle caballero Agitaba el terral.

Y de la balsa entre los verdes musgos Acechaba el caimán, Y bajaban los peces á sus nidos De concha y de coral. Zumbaban los insectos en el bosque En su continuo afan, Y enmedio á los rumores, dominando Los tumbos de la mar,

Mas de improviso atravesando el viento Escuchóse fugaz De las campanas de vecina aldea Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio La contemplé rezar, Y de llanto llenáronse sus ojos, Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía Con dulce ingenuidad; Y ella me contestó dándome un beso: —Es preciso llorar,

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

-¿Y tú te has de morir? la dije entonces,
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar, sólo lloraba,
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro, Y ella con dulce afan Enjugando mis lágrimas, decía: "¡Vamos, ya está, ya está!"

Pocos años después, perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega, se acerca hasta tocar mi frente Su rostro celestial, Y con acento tierno me repite: "¡Vamos, ya está, ya está!"

EL ARROYO Y LA FLOR.

APOLOGO.

En la margen de una fuente Mansa, pura y cristalina, Regada por la corriente, Mecíase blandamente Uua rosa purpurina.

Del arroyo enamorada Daba la rosa su aroma, Y él, cruzando la enramada, Más dulce canta á su amada Que el gemir de una paloma.

—"¡Tan solo tu amor me alienta,"
Dijo al arroyo la flor.
—"¿Y si ruge la tormenta?"
—"Por tí nada me amedrenta,
Y moriré por tu amor."

Cerró la noche sombría, Alzóse la tempestad Y entre las selvas rugía, Y el relámpago surgía En la densa oscuridad.

Iba el arroyo creciendo, Turbio, fiero, amenazante, Las riberas invadiendo, Y á la tierra estremeciendo Con impulso de gigante.

—"Tuya soy," dice la rosa Al sentirse arrebatada, "Que es la ilusión más hermosa "Hallar la muerte dichosa "Por su amor despedazada."

Lanzó el torrente un rugido, Y con inmensa ternura, Sin dar la flor ni un gemido, Halló de amores un nido En su misma sepultura.

Si sopla adversa la suerte, ¡Angel de mis ilusiones! Antes que llegue á perderte Cubra nuestro amor la muerte Entre sus negros crespones.

GLORIA.

—¿Adónde vas, hijo mio?
—Al combate, á la victoria,
Suena el clarín de la gloria,
Y piensa escribir mi brío
Mi nombre ilustre en la Historia.

—Es grande tu atrevimiento.

—Padre, el mundo lo proclama;
Cuando la patria nos llama,
Con tan noble sentimiento,
¿Qué corazon no se inflama?

—¿Y qué buseas, delirante, Tras de la ruda batalla? —Ver mi bandera triunfante Entre el polvo que levante El bote de la metralla.

—¡Ay! hijo, temo perderte; Me agita la pena fiera. —Si me es adversa la suerte, Cubran mi lecho de muerte Los pliegues de mi bandera.

-¿De dó vienes, hijo mío?
-Padre, torno de la guerra.
-¿Y fué tu destino impío?
-Libre está ya nuestra tierra,
Y libre por nuestro brío.

—¿Y alcanzaste, hijo querido?...
—No pregunteis, por favor:
Después de quedar herido
Alcancé, padre, el olvido
Y un recuerdo de dolor.

—¿Y esperas, en tu dolencia?....
—Sólo espero, por mi mal,
Tras vergonzosa indigencia
La cama de un hospital
Para acabar mi existencia.

—¿Y tus sueños?—Se han borrado ¡Ay padre! de mi memoria. —Locura es, hijo, la gloria, Que nunca del hombre honrado Guarda el recuerdo la Historia.

DUDA Y FE.

Negro estaba y sombrío el firmamento, Y tú me lo mostrabas; «Así tengo, dijiste, el pensamiento,» Y era, porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma Otra vez me decías: «Como ese cielo azul tengo yo el alma,» Y era, porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda; Con mi amoroso anhelo Yo le daré, si tu pasión me ayuda, Luz á tu cielo.

EL CHINACU.

(ROMANCE NACIONAL.)

Sobre los robustos lomos
De un poderoso alazán;
Que apenas deja la huella
De su ligero trotar,
Apuntando la mañana
Y camino á Tehuacán,
Va Márgaro Peñadura,
El chinaco más cabal.

Ancho bordado sombrero Cubre su morena faz, Y matiza su sarape La bandera nacional. En el cinto la pistola, El mosquete en el carcax, Bajo la pierna la espada, Y en la bota su puñal.

Busca inquieto entre la bruma Y descubre «á poco más» Pequeña casa escondida En las sombras de un palmar, Y dejando su camino Y aguijando su animal, En un instante el ginete Cerca de la casa está.

Y como si ya impaciente Se cansara de aguardar, Da golpes en la ventana, Y muestra luego su faz Una morena, que puede Pasar por una beldad, De esas que hemos visto todos Y nos han hecho soñar, Y que siempre se recuerdan Como visión ideal. -|Alabo, Don Margarito! ¿Tan temprano por acá? -¿Te pesa, luz de mis ojos? Pues ya me voy á marchar. -No me pesa, Dios me libre; Pero dicen que aquí están Los franceses.-No hay cuidado, Porque vengo á explorar.

Tuvimos ayer campaña Y hoy quiere mi capitán

88
NIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Volver á darle á los zuavos;
Conque adiós.—¿Por qué se vá?
Estése siquiera un rato,
Bájese á desayunar,
Ha tres días que no viene....
—Linda, otra vez será,
Que llegan los compañeros
Y voy para Tehuacán.

Inclinóse la doncella, Un beso se oyó sonar; Alzó el *chinaco* el embozo, Cobró su empaque marcial Y se perdió entre la bruma Galopando en su alazán.

HOY.

No de lo porvenir entre la densa Sombra, con que se vela impenetrable, Te finjas con empeño infatigable La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa Llames á nueva vida; que indomable, Al recuerdo de tiempo miserable Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto; El mañana no llega todavía: ¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía Que en esta vida de dolor y llanto Le basta su pesar á cada día.

A DOS GOLONDRINAS.

(EN EL MAR.)

¿Á dónde vais, peregrinas, Ligeras cruzando y solas, Inocentes golondrinas, Del mar las tendidas olas?

Si acaso con vuelo incierto Buscais un puerto seguro, Yo os daré tranquilo puerto Bajo un sol ardiente y puro.

Y allá, si quereis creerme, Entre mirtos y azahares, Vereis mi patria que duerme Al ronco són de dos mares.

Tended allá vuestro vuelo Y hallareis plácido encanto Donde es una fiesta el cielo, Donde es el idioma un canto. Sobre cascadas de flores, Perlas regando la aurora, Los alados trovadores La anuncian cuando colora.

En los lagos de cristal Que blanda toca la brisa, Plácida luz matinal Ensaya dulce sonrisa.

Allí en la oscura montaña Se mece gigante encino, Como flexible espadaña En el lago cristalino.

Y flores, y aves y fuentes Y mares, con grato són, Alzando están reverentes Sus himnos de adoración.

Y se mezclan confundidos En un inmenso concierto Murmullos, cantos, rugidos, Como la voz del desierto.

Seguid con alegre vuelo Hasta esa patria, viajeras; Vereis retratar el cielo Los lagos de las praderas. Vereis mares azulados Como el puro firmamento, Y de perlas coronados Al soplo manso del viento.

Vereis cruzar hechiceras Garzas blancas y rosadas, Las lucientes cordilleras, De las ondas encrespadas.

Y en la ribera frondosa Del mar la brillante espuma, Regar la playa arenosa Del país de Moctezuma.

Mecerse los cocoteros, Dando sombra regalada, Y entre los verdes mangueros Pasar el aura callada.

Y en desatado torrente La luz intensa bañar El bosque, el prado, la fuente, El lago, la sierra, el mar.

Llegar con pausado vuelo Las noches tibias y bellas, En su fantástico velo Tejiendo polvo de estrellas Y en el húmedo follaje Mil insectos luminosos Que brillan en el ramaje Ó se arrastran afanosos.

Y surgir entre la sombra, Melancólicos, süaves, Con tal ternura que asombra, Los cantos de extrañas aves.

Y sigue en grato concierto, De las aves al arrullo, Lejano, manso é incierto De las fuentes el murmullo.

Y más que rumor, gemido En los árboles gigantes, Fingir el viento perdido Entre las hojas flotantes.

Seguid, pobres golondrinas, Buscando tan dulce cielo, Que encontrareis, peregrinas, Á vuestras penas consuelo.

Seguid, y con rumbo cierto Cruzad la cerrada bruma; Que os dará seguro puerto La patria de Moctezuma; Y dejando el mar bravío Alzad himnos de alabanza, Llevando hasta el suelo mío Mi recuerdo y mi esperanza.

LA VELETA.

Erguida sobre el alto campanario, Y despreciando al rayo resonante, Sensible la veleta, sigue amante Del caprichoso viento, el rumbo vario.

Ya la agita un impulso, ya el contrario La detiene ligera y vacilante, Y al rudo soplo de huracán pujante Responde con gemido funerario.

Como ella, de la vida en el camino, Hallamos almas que con santo anhelo Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo, Retratando en su fondo cristalino La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

> > 32385

La azucena y el huracan.

APÓLOGO.

—«Yo soy la azucena De lánguido talle, Que mece en el valle El aura sutil. La brisa que anuncia La fresca mañana, Me dice «Sultana, Hermosa y gentil.»

«Yo guardo en mi seno Las perlas que llora La cándida aurora Huyendo del sol; Y doy en mi caliz Dulcísimo aroma Que el céfiro toma Cruzando veloz.» —αYo llevo en mis alas Angustia y espanto, Y sombras y llanto, Terrible huracán. Yo traigo la muerte Y voy, á mi paso, Sembrando al acaso Miseria y afán.

"Destruyo soberbio
La pobre cabaña;
La erguida montaña
Temió mi poder.
Del lago me irritan
Las blancas espumas,
Y en pálidas brumas
Se miran perder.

"Las olas pujantes
Del mar proceloso
Levanta orgulloso
Mi altivo rigor.
Y rujo en los bosques,
Y tiembla la tierra,
Y el hombre se aterra
Y siente el horror."

-"Te adoro por fuerte, Terrible te amo, Sombrío te llamo,
Acércate á mí.
Me arrastra á adorarte
Tu inmensa grandeza,
Tu noble fiereza
Me lleva hasta tí."

—"Yo adoro, azucena,
Tu tierna hermosura,
Tu blanda ternura,
Tu dulce candor;
Y forma mi encanto
La mágica esencia,
Que da á tu inocencia
Tu místico amor."

—"Pues llega, que espero
Tu plácido halago."
—"Yo llevo el estrago,
Amarme, es morir."
—"Tu amor es mi vida,
Tu suerte mi suerte."
—"Mi amor es la muerte,
Mi sino sufrir."

—"Que pueda yo ufana Mirar á mi amante, Y muera al instante Gozando en mi amor." —"A tí me encadenan Tiernísimos lazos.... Que muera en mis brazos La cándida flor."

Rugió entónces la tormenta, La tierra gimió de duelo, Y triste y amarillenta Perdióse la luz del cielo.

Y tras de la noche oscura En la tranquila mañana, Seco se alzó en la llanura El tallo de la sultana.

TU Y YO.

Lanza el Orión su luz resplandeciente Y las luces de Sirio se difunden, Y al tocar á la tierra dulcemente Pálidas se confunden.

Dos flores ricas de hermosura y galas Dan sus perfumes, que en constante anhelo De blanda brisa en las flotantes alas Suben juntos al cielo.

Dos arroyos, cruzando bullidores, Bajan de la montaña á la llanura, Y en la tupida bóveda de flores Mezclan su linfa pura.

Perfumes, luz y arroyos cristalinos, Nuestras dos almas para siempre unidas, En uno convirtiendo sus destinos, Vivirán confundidas.

EL ROCIO Y EL LLANTO

El llanto que la aurora derramaba Fecundó la pradera, Y mientras más lloraba, Más la hermosura de las flores era.

¡Ay, pobre humanidad! es tu destino Llorar en tu quebranto: La flor en tu camino Ha de brotar regada por el llanto.